



**EDUARDO LÓPEZ HORTELANO, *Don y tarea del ministerio ordenado. Su espiritualidad a la luz de los Ejercicios ignacianos*. Madrid: BAC (Colección Popular 261), 2023, 151 páginas.**

Entre el 20 de mayo de 2021, aniversario de la herida sufrida por Íñigo de Loyola en Pamplona, y el 31 de julio de 2022, festividad de san Ignacio, se celebró el «Año Ignaciano» con el fin de conmemorar los cinco siglos de una gracia que dejó una profunda y perenne huella en el alma de este preclaro religioso, al tiempo que dio forma a una espiritualidad que ha promovido el encuentro con Dios de muchedumbres de personas a lo largo de la historia.

Esta publicación del padre Eduard López, profesor de Teología Espiritual en la Pontificia Universidad de Comillas, bebe mucho de esa efeméride, remon-tándose a esa experiencia espiritual para ponerla a nuestra disposición en aras de actualizarla en nosotros, y en nuestra relación con Dios, con los demás y con la Creación. Este libro, por tanto, no solamente se dirige a los miembros de la Compañía de Jesús. De sus páginas podrá nutrirse cualquier presbítero que aspire a conocer más profundamente a Cristo, para amarlo con mayor intensidad e imitarlo sin ambages. Cualquier sacerdote que ambicione ser un contemplativo de mirada amplia y pura en medio de sus quehaceres ministeriales. Alguien cosido al Corazón de Cristo para amarlo y hacerlo amar, para servirlo con rectitud en todo y en todos e ir tras sus huellas hasta el Calvario. Las páginas de este volumen trazan los rasgos de pastores que no anhelan sino avivar su entrega a Dios y a la Iglesia, identificados para ello cada vez más estrechamente con los sentimientos de Cristo, lo cual les permitirá su renovación interior, liberándose para ello de cuantos impedimentos les estorben para seguirlo sin miedos ni cadenas.

En orden a este camino de conversión, san Ignacio de Loyola redactó, sobre su personal experiencia mística y reflexiva, el método de los *Ejercicios espirituales*, legándolos a la Iglesia como auténtica brújula para orientar la propia

vida según Dios, como estímulo para cumplir en todo su voluntad, como torrente para saciar, en fin, la sed de santidad que ha de caracterizar a todo ministro del Señor. Con esta certeza, el padre López, en este enjundioso trabajo, escruta con brillantez las pautas, reglas y consejos ignacianos, descubriendo en ellos un pujante acicate y un fecundo surtidor de ideas para espolear la espiritualidad sacerdotal hoy. Este es el deseo que mueve al autor, la luz que lo inspira y el núcleo alrededor del cual se vertebra esta obra.

En efecto, el lector de este libro podrá comprobar que los *Ejercicios* son escuela de oración y de discernimiento para cuantos se precian de ser discípulos del que en el madero salvador venció a la muerte y ahora vive por los siglos. Son un instrumento privilegiado y eficaz para arrancar a las almas de la tibieza y la desidia, para iniciarlas en la oración y prepararlas a hacer frente a los retos de la coyuntura en la que estamos enclavados. Una coyuntura compleja y secularizada, en la que pareciera que Dios estuviera ausente. Por este motivo, hoy más que nunca, se requieren ministros ordenados que irradien el amor de Cristo por todo el mundo, que siembren por doquier su santa doctrina entre los hombres de todo estado y condición. Unos heraldos del Evangelio de esta talla descubrirán en los Ejercicios ignacianos el impulso continuo para encarnar esa vida apostólica *pleno sensu* que tanto precisa la hora presente para salir de cuantas sombras la oscurecen y divisar el Sol de justicia que nace de lo alto y trae a todos la rendición (cf. Malq 4,2). En este contexto los *Ejercicios* no solamente son el ámbito ideal para meditar las palabras evangélicas y radicarse en ellas. Son asimismo el hontanar del que mana una fuerza singular para practicar las virtudes de manera más convencida. Son igualmente un espacio adecuado para una búsqueda incesante de aquel crecimiento requerido por los sacerdotes para ascender a la cima de la santidad, a ese *magis* que enciende el alma para que no se adormezca en la modorra del pecado. En palabras del papa Benedicto XVI, «los Ejercicios espirituales constituyen un camino y un método particularmente valioso de buscar y de hallar a Dios en nosotros, en nuestro alrededor y en todas las cosas, con el fin de conocer su voluntad y de llevarla a la práctica» (p. 14).

La semblanza sacerdotal bosquejada por san Ignacio, y que tan maravillosamente plasma en estas páginas el padre Eduard López, viene trazada sobre la familiaridad con Dios, encaminada a que «la palabra del Señor se difunda y sea glorificada» (2 Tes 3,1), sobre la apertura a la divina gracia, sobre el fervor para la celebración de los sacramentos, sobre el compromiso de los pastores para conducir a su grey por las sendas de la caridad y la comunión.

Tras la reseña de las siglas y abreviaturas, de un selecto elenco bibliográfico y de una orientadora introducción (pp. 9-26), el grueso de este libro se divide

en cinco capítulos, en los que el autor desglosa y comenta los contenidos primordiales de los *Ejercicios*.

En primer lugar, el padre López Hortelano estudia el principio y fundamento desde el que hay que entender el tenor de la felicidad cristiana. Si el ejercitante no es consciente de lo que significa ser «criatura de Dios» no logrará entender en su plenitud el alcance del ministerio ordenado (pp. 27-42).

En el segundo capítulo, bajo el epígrafe «El árbol de la vida y del conocimiento», el autor aborda un matiz fundamental de la espiritualidad del ministerio presbiteral que, a menudo, queda preterido: la condición pecadora, pero reconciliada para reconciliar y sanar a otros desde la misericordia de Dios. Se trata de saborear, en la primera semana de recogimiento espiritual de los *Ejercicios*, densos temas en aras de la renovación de la vocación al inicio precisamente de la segunda (pp. 43-63).

El tercer capítulo, titulado «Sacerdotes, seguidores de Jesús», se detiene en la contemplación de los misterios de la vida de Cristo (pp. 65-90). Como los primeros discípulos ante la invitación del Señor: *Venid y lo veréis* (Jn 1,35-39), el ministro de la Iglesia está llamado a permanecer con Cristo, a abrir la puerta de su vida para que la Palabra del Maestro arraigue en él. En este sentido, estas páginas muestran que el sacerdote ha de vivir la representación de Cristo como Cabeza y Pastor sin sucumbir a los peligros y trampas que cada día lo acechan. Su identidad ha de consistir en «adherirse a un proyecto de vida y de misión: reescribir la vida sacerdotal teniendo como referente la vida de Jesús. Y esto contagia y compromete. El seguimiento a Jesús es una manera de vivir los evangelios, si bien son la revelación de Dios, es una historia inacabada en tanto que instan al sacerdote a dirigir su mirada a ellos, a dirigir la mirada al Crucificado. ¿Quién es Jesús para mí? Siempre estará la tentación de no perseverar, pero no siempre podemos vivir de rentas, ni de lo que ya se sabe sobre Dios, ni de lo que ya hemos aprendido de la vida» (p. 69).

Finalmente, los capítulos cuarto y quinto de esta monografía presentan la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo (tercera y cuarta semanas) (pp. 91-124). En ellos se evidencian algunas características cardinales del misterio pascual que constituyen la fuente irrenunciable del ministerio ordenado y su espiritualidad. López Hortelano subraya en este binomio de capítulos conclusivos la importancia que en la espiritualidad sacerdotal ocupa el mensaje del Resucitado: *Decid a mis discípulos [...] iré a Galilea* (Mt 28,10). «Dios ha resucitado a Jesús y su lugar es Galilea, la tierra de gentiles, allegados y alejados, del universalismo y de la inclusión. En un primer momento existen miedos, pues no lo reconocen, para dar el paso a reconocerlo: de lo ya conocido, al desconocimiento y el reconocimiento. Este proceso es esencialmente el núcleo de la fe, también para el sacerdote.

Su espiritualidad toca el anuncio de una vida buena, muy diferente a una buena vida. Y genera otra forma de vivir, un cambio de perspectiva, en la que Jesús ha legitimado a Dios, que está con los últimos. Todo sacerdote es convocado por un sígueme inicial (cf. Mc 1,17), pero confirmado en un sígueme pascual. La historia entre ese inicio y la Pascua es el proceso espiritual o una fidelidad en proceso, una historia de una fidelidad amenazada por infidelidades. *Señor, ¿a dónde vas?* (Jn 13,36), “estoy dispuesto a ir contigo a la cárcel e incluso a la muerte” (Lc 22,33). Sentirse incombustible delata una inmunidad a las propias debilidades cuando antes de ser soporte (roca) de sus otros hermanos y semejantes tiene que experimentar su propio barro. Aquí será fundamental reconocer en la Pascua de Jesús la posibilidad de añejar la vocación sacerdotal y la vida como sacerdote en ese “sígueme” pascual. Es la Pascua de Pedro (cf. Jn 21,15-19), lo que requiere una «terapia» especial, un encuentro cara a cara muy significativo. Si al inicio del seguimiento, el primer sígueme, Jesús solo pide una disponibilidad confiada, ahora la pregunta por el amor no es para hostigar, sino para afianzar la piedra angular de construcción de todo el edificio. El cimiento no es un por qué sobre nuestro conocimiento de Cristo, si estamos arrepentidos, si militamos o no, si vamos a fallar otra vez, si hemos descalificado. La triple pregunta sobre el amor a Jesús es el fundamento de la vocación sacerdotal, una relación de persona a persona; de ahí, el encargo (la misión), que da el Resucitado como señal de confianza, pastorear como el modo del ministerio sacerdotal, como Jesús, porque cuando el Señor llama una vez ya no retira su elección. Una misión y una vocación que no son dos aspectos separables» (pp. 116-117).

El volumen acaba con unas notas que concretan la espiritualidad del ministerio ordenado en torno a la dimensión personal, cristológica, existencial y eclesial (pp. 125-144). Son muy prácticas, clarificadoras y precisas.

Por último, un valioso índice de materias y de citas bíblicas coronan esta publicación (pp. 145-151) y facilitan provechosamente su lectura.

En definitiva, nos hallamos ante un libro altamente recomendable, que constituye una sugestiva invitación y una útil herramienta para que los sacerdotes sigan a Cristo sin apocamientos. La práctica de los Ejercicios Espirituales sirve enormemente para alcanzar esa benéfica meta. Muchos sacerdotes, sumergidos en un activismo compulsivo, puede que sientan la tentación de postergarlos o tal vez olvidarlos. Esta obra, en cambio, nos recuerda que precisamente la metodología espiritual ignaciana nos ayuda a salir de nosotros para «caminar apostólicamente hacia los demás y hacia Dios. Aquí es donde radica el ser profundo de las cosas, el por qué, el cómo y el quién. ¿Habrán respuestas? Puede ser que sí o puede ser que no. Lo fundamental es vivir la vida sacerdotal como don y tarea, es decir, como ejercicio» (p. 26).

Al concluir la lectura de este interesante estudio, queda el gozo de saber que «la vida en el Espíritu es la vida del discernimiento, es la vida en continua conversión para continuar deseando esa perla preciosa o ese tesoro escondido del don de la vocación presbiteral. Algo valioso no se deja escapar, aunque suponga sacrificio y renuncia, sacrificios y renunciaciones a valores que creemos que son valores o a pensamientos que creemos que son fundamentales para nuestra vida. He aquí, un movimiento fundamental: estar siempre en movimiento interior (y no activismo indignado meramente fruto de las luchas más o menos agresivas en nombre de valores religiosos y sociales). El sacerdote que se ejercita va en movimiento, en discernimiento, viviéndose en el Espíritu. En búsqueda ininterrumpida. Un movimiento que es a la vez vaciarse para acoger con toda transparencia. Es así como se entiende el vender todo por la perla o el tesoro precioso. Por eso, el acompañamiento espiritual, la oración, la lectura de la Biblia, los sacramentos, los caminos para aumentar nuestra fe, esperanza y caridad. De igual manera, revelándose el otro, nuestro prójimo, también como sacramento. Imagen del Hijo. Imagen de Cristo en movimiento, siempre caminando. Discerniendo la autopista correcta, vaciándose de lo que nos destruye y llenándose de lo que nos construye, buscando el bien más universal. De aquí que una imagen vale más que mil palabras: la imagen es el Hijo, el Cristo, la perla y el tesoro precioso» (pp. 143-144).

Fernando Chica Arellano  
Misión Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA  
Roma, Italia  
arellano@libero.it  
<https://orcid.org/0000-00018413-5890>